

corona á las sienes del Duque de Clarence y de sus naturales legítimos descendientes.

Concluido y ratificado ese convenio, Luis XI equipó una flota, y Warwick con ella y con las fuerzas y recursos pecuniarios por el mismo Rey suministrados aportó á Dartmouth. Advertido de su desembarco, Eduardo que á la sazón se hallaba en el Norte reprimiendo la sedición de aquellas provincias, marchó inmediatamente sobre el Conde, con cuyas fuerzas se halló en las inmediaciones de Nottingham. La batalla era inminente, mas antes de que se trabase, las tropas mandadas por Lord Montague, hermano de Warwick, pero parcial hasta entonces del Rey, y secretamente por sus contrarios ganado, tomaron una noche las armas inopinadamente, y con grandes alaridos cercaron la tienda de campaña de Eduardo de York. Sosprendido este en medio del mas profundo sueño; mal despierto al estrepitoso clamoreo de: Traición! ; Traición! de cuantos le rodeaban; víctima en fin, una vez en su vida, de un pánico y no del todo infundado, apenas tuvo tiempo para mal vestirse y peor armarse artes de saltar sobre el primer caballo que encontró á mano, y soltándole las riendas, huir á la carrera hasta Norfolk, y allí embarcarse. Desembarazado así de aquel Rey, mas fácilmente *deshecho*, que tambien por él hecho, Warwick dirigióse á Londres, paso en libertad á Enrique VI, y gobernando en su nombre convocó un Parlamento, para que declarase, como declaró en efecto, que el Lancasteriano era el Rey legítimo, Eduardo un usurpador, y firme y valedero el tratado entre el Conde y Margarita de Anjou. Apresuménonos á decir que todos convienen en que el partido de Lancaster fué menos vengativo que antes había mostrado serlo el de York; y que los Templos y los Monasterios, lugares entonces de *Asilo*, acogieron, segun se dice, en Londres solamente mas de dos mil personas, entre las cuales Isabel de Woodville, esposa de Eduardo, que en tal situación dió á luz un hijo de aquel.

El inesperado triunfo de sus armas, la maravillosa resurrección de una causa, poco antes al parecer completamente perdida, devolvieron á Margarita su un momento postrada actividad, y á sus parciales el vigor que perdido habían. Presurosos acudieron los proscritos en torno de su Reina, señalándose entre ellos, el Duque Sommerset, hijo y hermano de los que

en San Albano, y en Hexham, sellaron con su sangre el juramento de fidelidad á la bandera de Lancaster; Margarita; en fin, agotando los restos de su caudal, terminaba el equipo y armamento de la flota en que se proponía regresar con su hijo á Londres, cuando Eduardo, volviendo en sí del terror pasado, y cediendo á las súplicas de sus partidarios, con dos mil hombres que reclutar pudo tomó tierra en las playas del condado de York. No fué, empero, allí recibido como esperaba, pues los magistrados que en nombre de Enrique y por nombramiento de Warwick gobernaban la provincia, opusieronse á todos sus proyectos, hasta que bajo juramento solemne afirmó que no volvía á Inglaterra para reconquistar el trono, sino á reclamar la herencia de su madre. Creyéndole ó aparentando creerle, entonces, los magistrados que tal vez todo lo que deseaban era pasar por engañados, cesaron de oponérsele y diéronle en consecuencia tiempo para reforzarse con la gente de la tierra á su partido afecta. Reunido, en efecto, el número de hombres que para sus designios le pareció bastante, púsose Eduardo en movimiento, y engañando á Warwick que le esperaba en el camino de Londres, púsosele á retaguardia, y marchó sin obstáculo sobre la capital indefensa que le abrió inmediatamente sus puertas. Facilitáronle la entrada en la ciudad, dice un historiador, no solo sus parciales, sino sus acreedores con la esperanza de cobrar sus créditos, y sus infinitas *queridas*, que supieron conquistarle el afecto de las respectivas familias, incluso los mismos sacrificados maridos.

Tarde advertido de los movimientos de su enemigo, pero sin renunciar á la esperanza del desquite, contramarchó Warwick inmediatamente sobre Londres y tomó posición en Barnet, no lejos de aquella metrópoli, con sus propias fuerzas juntamente con las de su hermano Lord Montague, y de su yerno el Duque de Clarence, aliado á la verdad poco seguro, como hermano que era de Eduardo de York, y desleal por naturaleza á mayor abundamiento. En efecto, la noche vispera del día de la batalla decisiva, desertó Clarence al Real enemigo al frente de un cuerpo de mil doscientos hombres, creyendo que así redimia sus pasadas culpas: pero Eduardo que entonces le recibió con los brazos abiertos, se prometía ya deshacerse de él, como lo hizo á su tiempo, cuando á mansalva hacerlo pudiera. Warwick no obstante el mal presagio, y el mal efecto en el espíritu de los

suyos, de la infame deserción de Clarence, obstinóse en combatir á todo trance : quizá su conciencia estaba tambien turbada ; acaso no quiso que, demorándose la lucha, llegara Margarita con sus esfuerzos á terminarla, privándole así de la gloria, y del título de ser el único restaurador de la dinastía Lancasteriana.

Por lo que quiera que fuese dió en efecto la batalla, y perdióla y con ella la vida haciendo inútiles cuanto heróicos esfuerzos, para salvar la causa de que fué un tiempo el mas formidable enemigo, y muriendo su campeón obstinado. Enrique VI, como de costumbre, cayó prisionero.

El mismo dia del desastre de su causa en Barnet desembarcaba, dicen, en Weymouth Margarita, desoyendo los consejos de cuantos la acompañaban, que quisieran que á Francia se recogiera para rehacer su escuadrilla, por la furia de una tempestad dispersa y maltratada. Aquel ánimo indomable, sin embargo, pareció un momento decididamente subyugado y rendido, al recibir la noticia de la derrota y muerte de Warwick : Margarita, confesando que reducida á sus propias fuerzas nada podia emprender que temerario no fuese, corrió á refugiarse en el monasterio de Beaulieu, uno de los que entonces gozaban derecho de asilo en Inglaterra. Mas el abatimiento de tan gran corazón no podia ser y no fué mas que pasajero : á poco llamando la Reina cerca de sí á sus mas importantes caudillos acordó con ellos hacer el último esfuerzo, y tremolando otra vez el pendon de Lancáster, tentar de nuevo la fortuna de las armas.

Y sin embargo, funestos presentimientos agitaban el espíritu de Margarita ; su varonil corazón á todo género de riesgos personales insensible, flaqueó ante los que á su hijo amenazaban ; y sobreponiéndose la madre á la heroína, propuso á sus parciales que, antes de todo, se pusiera en lugar seguro la persona del Príncipe de Gales. En nombre del partido todo opúsose el Duque de Sommerset á aquella mas prudente que heróica proposición ; y tuvo razón en hacerlo, por mas que los hechos parezcan probar lo contrario, pues el Príncipe, que á la sazón contaba diez y ocho años de edad, no podia ya sin mengua de su honor permanecer inactivo y extraño á la suprema tentativa en que por su padre y por él iban á perder la vida tantos, tan valerosos y tan leales campeones.

Los dos ejércitos se encontraron el 14 de Mayo de 1471, cerca de

Tewskbury orillas del rio Savern : la batalla fué terrible, la derrota completa.

Margarita, que antes de trabarse el combate, habia recorrido animosa los escuadrones de sus parciales, llevando á su hijo de la mano, y conjurándolos á que nada omitiesen para salvar á aquel último vástago de su ilustre raza ; Margarita, que habia seguido con ansiedad mortal los trances de la batalla que iba á decidir de su suerte ; Margarita, en fin, que en lo mas recio y fatal de la pelea habia perdido de vista al hijo que tanto amaba, sucumbiendo en fin á tantas y tan dolorosas emociones, rindióse casi agonizante y por completo sin sentido al peso insoportable de sus invencibles desdichas, cayendo en un carro desmayada, cuando el jóven Príncipe de Gales prisionero, era ante Eduardo de York conducido.

— ¿ Qué viniste á buscar á mis Estados ? preguntóle altanero el vencedor.

— Vine, le respondió con entereza el generoso mancebo, vine á los Estados de mi padre, á protegerlos contra tí, y á defender sus derechos y los míos, contra tí tambien. »

Al oír tal respuesta, síntoma revelador de la materna sangre, el feroz Eduardo hirióle en el rostro con su férrea manopla ; y sirviendo aquel acto de cobarde ferocidad como de señal y ejemplo á los que le acompañaban, entre los cuales Ricardo, Duque de Gloucester, su hermano, y mas tarde asesino de sus hijos, que hizo aquel dia su aprendizaje de verdugo, cayeron todos como buitres sobre el Príncipe infeliz tendiéndole cosido á puñaladas á los piés del vencedor.

Prisionera tambien Margarita y conducida á la Torre de Londres al lado de su esposo, vióle allí asesinar poco despues casi en sus propios brazos, y terminarse en él la infeliz lancasteriana dinastía. Salvó la vida de la desdichada la intervencion de Luis XI ; mas solo despues de cuatro años de cautividad durisima, en virtud del tratado de Amiens, y rescatada por la suma de cincuenta mil escudos, recobró la libertad aquella heróica muger que asistió en persona á doce batallas campales arriesgando en ellas serena una vida de desdichas sembrada, y que no terminó, sin embargo, hasta el año de 1482.

Al leer la historia de Inglaterra no se puede menos de advertir que la

fatalidad parece haber constantemente perseguido á todas las Princesas de Francia en aquel país casadas. Margarita de Anjou, María de Borbon, María Estuarda en Escocia, Enriqueta la esposa de Carlos 1º, son de esa fatalidad testimonios innegables. Todas ellas, aunque en diferentes grados, poseian, si no todas, las mas de las dotes que el trono requiere; y una de ellas pereció por mano del verdugo, y las restantes fueron causa ó sirvieron de pretexto á los desastres de sus esposos y familias. — ¿ Buscaremos la causa de tan perseverante desdicha en las preocupaciones antipáticas de ambos pueblos uno contra otro, y que la rivalidad, la guerra, las recíprocas injurias han envenenado y mantenido en rigor durante siglos? No decimos que en gran parte no se explique así el fenómeno que nos ocupa; mas estudiándolo con alguna mas detencion, quizá se hallara el origen de la impopularidad en Inglaterra de las Princesas de Francia, en las maneras petulantes y turbulentas, tan propias del último país nombrado, como para el temperamento británico antipáticas. Y no por eso decimos, que nuestros vecinos tengan un fondo de moderacion superior al nuestro: todos los hombres en la esencia de sus pasiones y de sus debilidades, de sus flaquezas y de sus crímenes se asemejan unos á otros; y por eso todas las historias se parecen desdichadamente tanto unas á otras. Lo que hay es que, haciendo Ingleses y Franceses la misma cosa, buena ó mala, estos proceden vehementes y arrebatos, mientras que aquellos siempre con fria, metódica regularidad. La cuestion es de forma, y puramente de forma.

Eduardo IV, una vez así afianzado en el trono, no tuvo ya mas que dejarse ir á la corriente de la vida, haciendo gala de las fáciles y mas aparentes que sólidas virtudes, que estamos por llamar de instinto, pues que la necesidad y el deseo de usurpar la corona fueron las que al Duque de York se las inspiraron. Abandonado á todos los excesos de la molicie, de la holganza y del libertinage, acabó el usurpador su vida, dejando al morir dos hijos menores bajo la tutela de su hermano Ricardo, Duque de Gloucester. Shakespeare y sus imitadores mas ó menos felices, han hecho popular el trágico fin de los Hijos de Eduardo. Comenzó la rama de Lancáster desgarrando el tronco regio de que procedia; Eduardo de York desenvainó la espada contra un Rey de su propia raza,

asesinó al padre y asesinó al hijo, derramando en ellos dos veces la sangre de su abuelo Eduardo III; los hijos de Eduardo IV fueron por las manos de Ricardo III ahogados. Así los hombres obedeciendo á sus propias pasiones, ejecutan, sin saberlo, aunque libremente, los decretos de Dios, y son á veces, como lo dice *Maistre*, culpables instrumentos de justos castigos.

E. D'ARAQUY.

